La gente huyó de nuevo, y no se oian por todas partes mas que gritos desgarradores y ayes lastimeros.

La anciana madre de Plinio, rendida de fatiga y no pudiendo huir mas, se detuvo, suplicando á su hijo que la dejase y que se salvase él.

—¡Dejaros!..... nunca—exclamó el jóven.....

En aquel instante una inmensa nube de cenizas, piedras y escoria los envolvió furiosamente.....

Varios gritos aterradores se oyeron salir del centro de aquella nube.

¿Qué pasó despues?

El lector lo sabrá mas adelante. Por ahora nos vemos obligados á ocuparnos de los personajes que dejamos en la playa de Pompeya, disponiéndose para partir.

CAPITULO LXI.

EL DIA SIGUIENTE DE LA ERUPCION.—HISTORIA DE OLINTO.—UN AHOGADO.

Los negros vapores que habian envuelto la tierra, las espesas nubes de ceniza y piedra que entoldaron el cielo, y las ardientes llamas que arrojaba el Vesubio se calmaron poco á poco, y la luz del dia se dejó ver triste y melancólica, como la lámpara agonizante que alumbra la alcoba del moribundo.

El sol se dejó ver al fin, no con la brillantez propia del cielo de la hermosa Italia, sino amarillento y opaco como durante un eclipse, enviando sobre los cadáveres y las ruinas sus rayos misteriosos.

Olinto, Glauco, Ione, Nidia, Salustio y cuantos vimos embarcase, despues de mil riesgos y dificultades, la noche anterior, esperaban con ansiedad en el buque, el instante de alejarse.

El viento se adormecia por grados, y el cielo recobraba su claridad.

Era la tarde del dia 24 de Agosto, esto es, despues de mas de treinta horas de haber empezado el Vesubio á arrojar sobre Pompeya y las poblaciones cercanas, todos los elementos de destruccion, cuando el mar, calmando un poco su agitacion, permitió al buque partir.

Salustio envió su última mirada hácia aquella ciudad cubierta de cenizas, en que tanto habia gozado, y exhaló un profundo suspiro.

¿Por qué aquella tristeza? ..... ¿Habia sucumbido acaso en la ciudad la hermosa Nicea por quien habia sentido despertar en su alma el verdadero amor?..... ¿Qué era de ella?.....

El buque entre tanto marchaba magestuoso surcando las ondas.

Veíanse á lo lejos todavía los restos inmóviles y pesados de la nube destructora, y rojos

celajes cuyo brillo se debilitaba gradualmente, anunciando que el fuego del Vesubio quemaba aún esas ondulantes masas suspendidas en medio de los aires.

Los blancos muros y las magníficas columnas que embellecian la víspera las pintorescas y risueñas playas, habian desaparecido.

¡Herculano, Pompeya y Estabia no eran mas que un monton de ruinas!

El buque en que marchaban nuestros fugitivos, bogaba entretanto tranquilamente hácia el puerto mas cercano.

Algunas otras embarcaciones, llenas tambien de personas que habian confiado su vida á las olas, marchaban en distintas direcciones, y su presencia reanimaba la esperanza de los compañeros de Glauco.

El ateniense no habia podido resistir al sueño.

A pesar del peligro que corrian, sus párpados se habian cerrado al fin, cediendo á las exijencias de la humana naturaleza.

Tambien Salustio, dominado por el cansancio, habia conseguido cerrar sus párpados.

Ione habia sido conducida al sitio mas cómodo del buque, y reposaba tranquila, cuidada por Nidia que se hallaba á su lado.

Glauco, despues de algunas horas de reposo, despertó, miró el cielo y la mar, y al notar la serenidad y la calma en ellos, bendijo á Dios desde el fondo de su corazon.

La idea de que Ione se habia salvado, de que iba en la misma embarcion, y de que nada tenia ya que temer de Arbace, inundó de alegría su corazon.

Solo el recuerdo de Apoicide, del desdichado hermano de Ione, nubló en parte su contento.

Dominado por tan encontrados sentimientos, dirijió la vista hácia las personas que á corta distancia se hallaban, y se conmovió de placer.

Olinto, el virtuoso sacerdote cristiano, velaba aún al lado de Lidon. El jóven gladiador, vuelto á la vida por la fresca brisa de la mar, dormia profundamente, lo mismo que todos los pasajeros.

El mismo Medon, que tan cuidadoso habia estado por la vida de su hijo, se habia entregado á un tranquilo sueño, al verle fuera de peligro.

A pocos pasos de este grupo descansaba Salustio.

Glauco le miró con profundo cariño y gratitud.

Era el único amigo que en la adversidad no le habia abandonado, y á quien debia la suerte de no haber sido despedazado por el leon.

El jóven ateniense hubiera querido volver á manifestar el hondo reconocimiento que hácia él sentia, pero respetó su sueño, y se dirijió á donde estaba el sacerdote cristiano.

—Olinto—dijo Glauco sentándose á su lado,—sin duda que debes acordarte haberme dicho que el cielo no habia querido ahorrar ninguna de las pruebas á tu fe. Al escucharte hablar así no quise preguntarte qué clase de sufrimientos te hicieron abandonar la Grecia; pero ahora que el Señor nos ha salvado de las garras del leon y del tigre, y nos ha sacado de las ruinas de nuestra segunda patria, quisiera satisfacer mi curiosidad, si es que debo dar este nombre á un deseo que autoriza el interes que me tomo por todo lo que tiene relacion con el salvador de mi alma.

—Querido amigo—respondió Olinto,—ese deseo es digno de tu corazon, y con gusto accedo á satisfacerlo.

—Gracias.

—Pero no esperes oir una historia larga y sembrada de extraños acontecimientos. Mi historia es corta, y en ella no hay mas que un solo suceso que bastó para cambiar mi vida. Te la voy á contar en pocas palabras.

—Escucho con ansiedad.

—Yo no he sido siempre lo que al presente soy. Unido por el santo lazo del matrimonio á una muger llena de virtudes y temerosa de Dios, vivia feliz, y no esperaba otra cosa de la bondad divina, que un hijo á quien poder trasmitir el don precioso de la fe, que yo habia recibido de los mismos discípulos del Señor. El cielo escuchó mis votos dándome una hija; pero quiso al mismo tiempo poner á prueba mi fe..... ¡Mi hija nació ciega!.....

Glauco hizo un movimiento de sorpresa.

Olinto, preocupado con la relacion de su historia, no lo advirtió, y despues de un instante de silencio, continuó:

—Mi excelente esposa fué arrebatada á la eternidad muy poco despues. Sin embargo, Dios me dió fuerzas para soportar esta nueva cruz con resignacion y paciencia. El dolor que me habia causado la pérdida de mi esposa y la ceguera de mi amada hija, se neutralizó bien pronto con las dulces esperanzas que me hicieron concebir las felices disposiciones del corazon y del talento de la pobre niña. Mi alma se abria toda entera á la alegría, cuando la última y la mas sensible de las desdichas vino á destruirla.

—¿Una desgracia mayor?.....

—¡Sí; mucho mayor!

—Hablad.

—Un dia en que Elena se entretenia en regar las flores que rodeaban nuestra habitacion, escuché lanzar un grito penetrante. El grito era de Elena; vuelo á su socorro, y no la encuentro; la llamo, y no recibo respuesta ninguna; recorro el bosque que circundaba la aldea como un hombre privado de razon; pero al fin me ví precisado á renunciar á mis esfuerzos, y volví á mi casa con la desesperacion y el dolor en el alma..... Mi Elena, mi querida hija me habia sido robada!.....

—¡Qué infamia!.....—exclamó Glauco.

—La fe volvió al fin á recobrar en mí su imperio, y á dulcificar mis penas enviándome la resignacion. No teniendo nada que me pudiese unir ya en este mundo, quise consagrar los últimos años de mi vida á la dicha de mis semejantes. Tomada esta resolucion, marché á Efeso, y recibí la imposicion de manos del venerable obispo Timoteo, discípulo del Apóstol de las naciones. Cambié de nombre, pasé á Italia, y vine á establecerme en Pompeya, donde esperaba, con la gracia del Señor, combatir á los infames adoradores de Isis, cuyos oráculos gozaban de extraordinario crédito. Pero el mismo Dios les ha impuesto silencio de una manera terrible, y ya no se manifestarán jamas!

Glauco habia escuchado la historia de Olinto altamente conmovido.

Al notar que se habia terminado, levantó los ojos que por un momento los nabia inclinado al suelo, y fijándolos en Olinto, le dijo con una voz que disimulaba muy mal su emocion y su inquietud:

—Entre las mugeres que pertenecian á la asamblea de los fieles de Pompeya, ¿no fijaste nunca la atencion en una esclava que me pertenecia?

—No. Las mugeres no asistian á nuestras reuniones sino con la cabeza cubierta con un espeso velo; ademas de que no hace mucho tiempo que me hallo en Italia.

—Pues, ó yo me engaño mucho, ó esa esclava te podrá dar noticias de tu hija. Tú la

debes ya haber visto, puesto que marchó conmigo cuando abrí la puerta de tu calabozo en el anfiteatro, y se encuentra con nosotros en este buque.

—No he fijado la atencion en sus facciones. Pero ¿crees tú que ella podrá decirme algo con respecto á mi hija?

—Lo creo. Por lo que ella me tiene referido, creo que la hija que lloras perdida, no le es enteramente desconocida.

—Hazla venir al instante, Glauco, para que pueda hablar con ella, aunque no abrigo gran esperanza de que pueda responder á mis preguntas de una manera bastante satisfactoria para calmar mi dolor. Sin embargo, confieso que me será menos sensible la muerte de mi hija, que saber que vive, y que está condenada quizás á una triste esclavitud.

Al pronunciar estas palabras, los ojos de Olinto se llenaron de lágrimas y exhaló un profundo suspiro.

Glauco le tomó afectuosamente la mano, y mostrándole el cielo, exclamó:

—Consuélate. Ese Dios que me diste á conocer en la prision, es, como me lo anunciaste, un Dios de bondad y de amor: si prueba la fe de sus hijos, es para hacer que resplandezca luego con mas ternura su misericordia sobre ellos. Tu hija ha sido esclava; pero ya no lo es: vive al lado de una familia cristiana que la ama tiernamente. Pero quien te puede dar noticias mas exactas y detalles los mas minuciosos que puedas desear con respecto á su suerte actual, es la jóven cristiana de que te he hablado.

—¡Ah!..... llévame á su presencia.

—Unicamente me atrevo á suplicarte que reprimas tu emocion delante de Ione, á quien acompaña, y que no se encuentra enteramente restablecida de sus últimos pesares y sufrimientos.

—Pierde cuidado, Glauco: Dios que me ha sostenido en las crueles aflicciones que ha tenido á bien enviarme, me dará tambien fuerza para soportar el exceso de ventura. Vamos, ya te sigo.

Glauco y Olinto se dirijieron juntos hácia la popa del buque.

Allí reposaban Ione y Nidia, abrigadas por un toldo que Glauco habia tendido encima de sus cabezas.

Ambas dormian.

El rostro de Nidia estaba medio oculto por el velo.

Glauco levantó suavemente aquel velo, y las dulces facciones de la jóven ciega se mostraron en toda su belleza.

Olinto fijó los ojos en aquella simpática fisonomía, y retrocedió asombrado.

El cuerpo del digno sacerdote temblaba como la hoja del árbol agitada por el viento: su respiracion se habia detenido, y sus labios se movian como para hablar.

Atónito de lo que veia, se acercó á Nidia, y examinó mas atentamente sus facciones; miró sus ojos, pero estaban cerrados.

Entonces se volvió hácia Glauco que le observaba, y asiéndole del brazo, le dijo al oido en voz baja y conmovida:

—¡Es mi Elena!..... ¡Es mi hija!..... ¡Ah!..... Pero ¿no será una ilusion de mis sentidos?..... ¿Cuando llegaré á escuchar su voz para asegurarme de que no es un sueño lo que me pasa?

Nidia hizo en aquel instante un movimiento: sus ojos se entreabrieron, y pronunció algunas palabras sin ilacion, que indicaban que soñaba.

Olinto escuchó atento.

La jóven siguió hablando, y muy pronto sus palabras se hicieron mas claras y significativas.

Glauco y el sacerdote cristiano la escuchaban con religioso silencio.

Nidia pronunció con acento dulce estas palabras:

—¡Glauco!..... Glauco!..... Al fin hemos llegado á nuestra patria..... Voy á encontrar á mi padre..... El nos espera..... viene hácia nosotros..... le veo..... ¡Ah!..... padre mio!..... padre mio!.....

Nidia despertó sobresaltada al acabar estas frases, se levantó bruscamente y cayó en los brazos de Glauco.

—Tranquilízate, mi buena Nidia—le dijo el ateniense:—aun no has llegado á tu patria, pero muy pronto te verás en ella: ten paciencia.

—Sin embargo, mi padre está allí, y aunque ciega, yo le veia delante de mí.

—Tu padre te espera, con efecto—replicó Glauco,—y no tardarás en estrecharle contra tu corazon.

Olinto se sentia profundamente conmovido.

La respuesta de Glauco no satisfizo á la pobre ciega.

Llena de emocion, extendió sus brazos, como para buscar al ser cuya presencia presentia.

Olinto no pudo contener por mas tiempo su impaciencia; se puso delante de Nidia, y dándole una mano, exclamó con voz temblorosa y entrecortada:

—¡Hija mia, tú debes conocerme!..... yo soy Olinto.

—¡Oh!..... Al fin vuelvo á escuchar vuestra voz..... Sí, la conozco; es la del venerable sacerdote que se hallaba á la cabeza de la congregacion de los fieles de Pompeya. ¿Pero por qué la escucho temblorosa ahora, cuando siempre salia firme y tranquila?..... ¿Por qué llorais?.....—añadió Nidia, que sintió caer sobre su mano las calientes lágrimas de Olinto:—sí, ¿por qué llorais?..... ¡Ah!.....

—¡Elena!.....—exclamó Olinto con dulzura.

—¿Quién me llama?..... ¿Sois vos?..... ¿ó es mi padre?..... ¿Quién os ha dicho mi nombre?.....

—El que te lo ha dado.

—¿Mi padre?..... ¿Dónde está?..... ¿dónde?.....

—¡Cerca de tí!.....—dijo Olinto sin poder contener por mas tiempo los afectos de su alma.—¡Ven, Elena; ven á que te estreche contra mi corazon!..... Yo, yo soy tu padre.

Nidia lanzó un grito de alegría y de sorpresa, y se arrojó al cuello de su padre. Era tan feliz, que el exceso de su felicidad no le permitia pronunciar una sola palabra; pero en cambio vertia un torrente de lágrimas!

Su grito habia despertado á Ione y á todos los pasajeros.

Todo el mundo se reunió al rededor del padre y de la hija.

Los marineros interrumpieron sus maniobras, y el piloto mismo abandonó el timon.

No intentaremos describir los tiernos pormenores de esta interesante escena, por no profanar el dulce sentimiento expresado por dos almas inundadas del afecto mas santo.

Despues de una corta pausa, Elena se desprendió de los brazos de su padre como para contemplarle, y exclamó con dolor:

—¡Ah!..... ¡Por qué soy ciega!..... ¡Seria tan feliz si viera á mi padre!..... Pero que se haga la adorable voluntad de Dios!

—Sí, hija mia—replicó Olinto,—que se haga su santa voluntad!

—Sí; yo la acepto y la bendigo!—exclamó con voz tierna la jóven.

Aquellas sentidas palabras de dolor y de resignacion conmovieron profundamente á Salustio y á las demas personas que habian acudido al grito lanzado por Nidia.

La resignacion en el dolor y la desgracia, es un heroismo, y el heroismo de la virtud cautiva á la vez que asombra y enternece.

Y ese heroismo que no se practica por alcanzar el aplauso del mundo ni el aura popular que guía á los héroes de la tierra para dejar un nombre; ese heroismo que es la sublime abnegacion de uno mismo y la caridad hácia el prójimo, solamente la produce el cristianismo.

Los héroes cristianos, al dar la vida en defensa de la verdad y del bien del género humano, no han aspirado mas que á la aprobacion de Dios, ni á otro aplauso que al de su conciencia.

Nidia y Olinto eran dos modelos de esa abnegacion de toda pompa humana, á la vez que de resignacion, caridad y dulzura.

Salustio y la tripulacion entera compararon los consuelos, el valor y las virtudes que la religion cristiana vertia en el corazon de los cristianos, con el egoismo, la impureza, el orgullo y la venganza de sus dioses, y se inclinaron á abrazarla.

Todos habian presenciado en el circo lo que habia pasado con Glauco y el leon, y atribuyeron á una proteccion del cielo hácia el nuevo creyente, cuanto allí habia pasado.

Profundamente conmovido y admirado, presenciaba la tierna escena entre Olinto y Nidia, un hombre de noble fisonomía que, como toda la tripulacion, habia acudido al grito despedido por la jóven ciega.

Aquel hombre era un famoso médico, que encontrándose de paso en Pompeya, habia buscado en la fuga la salvacion, y se habia refugiado al buque.

Era padre de una hermosa jóven, y sabia valorizar como ninguno, los tiernos sentimientos de los dos séres cuyas virtudes todos admiraban.

—¡Elena!.....—dijo el digno sacerdote con dulce y agradable acento:—Aquel que se ha dignado reunirnos para colmarnos de felicidad, puede en recompensa de tu fe, concederte tambien la vista.

—¡Padre mio!..... Con solo veros, seria yo la mas venturosa de las hijas!.....

—Y ese Dios que tan nobles y elevados sentimientos sabe inspiraros—exclamó el facultativo, que habia tenido fija la vista en los ojos de la ciega, y que no pudo resistir por mas tiempo á la emocion intensa que sentia;—ese Dios á quien no conozco, pero á quien respeto desde ahora por las virtudes que infunde á los que le adoran; ese Dios, estoy seguro, permitirá que vuestros ojos vean al hombre que os ha dado la vida.

—¿Qué decís?—exclamó Nidia trasportada de celestial alegría.

—He examinado vuestros ojos, y vuestra ceguera tiene remedio: la ciencia, ayudada de vuestro Dios, que espero sea tambien el mio, os devolverán la vista.

—¡Bendito sea el Señor, que en cambio de ligeras penalidades, nos proporciona venturas sin término!—dijo Nidia estrechando la mano de Olinto.

—Sí; Èl, por mi medio, dará á vuestros ojos la luz de que han estado privados, si quereis poneros en mis manos al saltar á tierra.

—Lo acepto, porque es un favor que Dios me envia.

En aquel momento, el anciano Medon, que habia dirijido la vista hácia el espumoso mar, descubrió un objeto que flotaba sobre las olas.

Pronto reconoció que era el cuerpo de una persona.

—Salvemos á quien necesita de nuestro amparo—exclamó, señalando hácia donde flotaba el bulto.

Todos dirijieron la vista al sitio indicado.

—¡Es una muger!—dijeron á una voz cuantos allí estaban.

El piloto dirijió el buque hácia el punto en que flotaba el cuerpo: un marinero se arrojó al agua con una cuerda; pero cuando iba á lazar el cuerpo para que lo subieran, dejó de hacerlo, exclamando:

—Es la hechicera de la caverna del Vesubio, y está muerta.

—¡La hechicera del Vesubio!.....—dijo Elena aterrada.—¡Dios se haya compadecido de ella!

—Dejadla, pues, y subid—replicó el piloto al marinero.

—Pero lleva en la cintura una redomita muy bien tapada, que sin duda contiene algo dentro.

—Traedla, y veremos lo que encierra.

El marinero se apoderó de la redomita, subió á cubierta, el buque continuó su marcha, y el cuerpo de la maga quedó flotando á merced de las olas.

El piloto tomó la redomita que el marinero le entregó, le quitó el tapon, y vió que dentro contenia un papiro arrollado.

—Es un escrito—dijo.

—¡Un escrito!.....—exclamó Salustio.

—Sí; veamos qué dice—pronunció el piloto, rompiendo la redomita y extendiendo el papiro.

Todos se acercaron á oir lo que decia.

El piloto desarrolló el papiro y leyó en alta voz estos renglones:

"Un esclavo de Diómedes arroja al mar á la hechicera del Vesubio, despues de quitarle "la vida, porque dispuso el veneno que sirvió á Glauco en casa de su amo por órden de Ca- "leno, ministro de Isis, y que ni este ni ella le pagaron su servicio, como el terrible sacer- "dote se lo habia ofrecido. Huyo de Italia salvando á la tierra de una furia, y resuelto á "no ejecutar nada sino despues de haber recibido por delante el precio del trabajo que se "me exija."

Glauco comprendió entonces la causa de la enagenacion mental que de él se habia apoderado.

—¡Dios le haya perdonado todo el mal que intentó hacerme!—dijo el jóven ateniense.

—Y el que por tantos años ha hecho que pese sobre mi excelente padre y sobre mí—repuso Elena.

—¿Sobre nosotros?.....—preguntó admirado Olinto.

—Sí, padre mio: esa muger, unida á dos hombres, fué la que me arrebató de vuestro lado, para venderme despues por esclava: la conocí por la voz el dia en que penetré con Glauco en su caverna del Vesubio.

—¡Ah!.....—dijo el amante de Ione:—debia haberlo comprendido por el terror que se apoderó de tí, y por la ira que se retrató en su semblante al verte.

—Ella se acercó al puerto—advirtió el piloto—cuando el Vesubio no arrojaba aun las horribles lavas que nos han llenado de consternacion, y la ví dirijirse á lo lejos en busca de

un buque, sin duda para embarcarse. Detras de ella ví marchar á un hombre que parecia esclavo, y que sin duda fué el que la asesinó en algun punto solitario de la playa.

—Compadezcámosla—dijo Glauco—y no nos acordemos de ella sino para pedir á Dios que la perdone como nosotros la perdonamos.

Todos participaron de los nobles sentimientos de Glauco, y la conversacion tomó otro giro.

Glauco se acercó entonces á Salustio, que marchaba con la vista fija en el rumbo en que dejaban á Pompeya.

—Hasta hace un instante en que la luz del dia se ha dejado aparecer, no os habia visto: ¡Ah!..... os debo la vida, y temia que la hubiéseis perdido en la horrible catástrofe.

—Así debia haber sucedido—contestó Salustio.—Una pared me tenia sepultado en sus escombros, y nadie, ninguno de los muchos amigos que pasaban huyendo á mi lado y á quienes llamaba á gritos, me quisieron prestar auxilio; la muerte mas horrenda me esperaba; pero la caridad de unos cristianos que pasaban, me salvó de ella: al escuchar mis ahogados ayes se acercaron á mí, y en los instantes en que el golpe de una piedra me privó de sentido, me sacaban de mi sepulcro y me condujeron en sus brazos.

—Siempre he creido en la virtud de esos hombres.

—Ellos son los únicos cuya ardiente caridad, formando contraste con el refinado egoismo de las otras creencias, exponian su vida para salvar la de aquellos á quienes sus mismos deudos dejaban abandonados. Cuando volví en mí, me encontré en la playa, cuidado por ellos, pero sin un ser por quien hubiera dado la vida.

—¿Quién?

—Una jóven huérfana á quien habia ofendido, y por la cual experimenté en los momentos del peligro y en los instantes de encontrarla espirante, la pasion mas pura, mas respetuosa y santa. ¡Oh!..... sí, la mas pura y santa: deseando reparar los tormentos que la habia hecho sufrir, me proponia hacerla mi esposa; pero cuando mas lisonjeado caminaba con esta idea, llevándola en brazos casi espirante, la suerte me separó de ella, colocando entre ambos los escombros de una pared que vino á derrumbarse al tratar de emprender de nuevo mi fuga para salvarla.

—¿Y esa jóven era cristiana?.....

—Sí, era cristiana. ¡Pobre Nicea!..... Los que me sacaron de los escombros no la vieron, y sin duda ha perecido sepultada bajo las cenizas!.....

Y Salustio quedó abrumado con aquella idea.

Glauco trató de consolarle.

El buque, entre tanto, cortaba con rapidez las brillantes olas, y se acercaba al punto deseado.

CAPITULO LXII.

DESAPARICION DE POMPEYA, HERCULANO Y ESTABIA.
ALGUNOS DE LOS QUE SOBREVIVEN Á LA CATÁSTROFE.—UN ESCLAVO DE DIÓMEDES.

Treinta horas habia durado la horrenda catástrofe que descrita dejamos.

Habia empezado á la una de la tarde del dia 23 de Agosto, haciendo sentir en Pompeya los primeros sacudimientos que por la noche se sintieron en Miseno, y cesó al anochecer del 24, sintiéndose desde ese momento hasta el amanecer del 25 únicamente lijeras oscilaciones.

La luz volvió á brillar en el cielo despues de tan larga oscuridad.

Un jóven, seguido de dos esclavos, atravesaba á caballo los sitios cubiertos de cenizas que habian sido teatro de horribles escenas, y se dirijia á Pompeya.

En su semblante iban pintados el sobresalto y la ansiedad.

Centenares de cadáveres medio ocultos entre las cenizas, se presentaban á sus ojos por todas partes.

A medida que se acercaba á Pompeya, se conocia que se oprimia su corazon.

Coches destrozados, caballos muertos junto á ellos, aves abrasadas y reptiles despedazados se encontraban de trecho en trecho.

El jóven marchaba sin pronunciar palabra, y emocionado profundamente por el triste espectáculo que se presentaba á su vista.

De repente se estremeció y detuvo el caballo.

Una palidez mortal veló su semblante.

Sus ojos buscaban un punto que no encontraban.

Habia llegado cerca de Pompeya, y su vista no descubria ni el remate del elevado templo de Isis, ni del teatro, ni de las altas murallas de la ciudad.